

Unas expresiones tan apasionadas tenían que producir una reacción violenta. Los particulares perjudicados por las diatribas del energúmeno o el gobierno a quien se achacaban todos los males, se alborotaron varias veces e intentaron tapar la boca venenosa, dando así al hombre fogoso de Anathoth ocasión para alardear de sus cualidades de valor y energía.

Uno de los sitios donde más gustaba Jeremías de hacer oír sus predicciones y amenazas era el llamado Tophet en el valle de Hinnom; como hemos dicho, allí se sacrificaban niños a Moloch y a Jehová. Jeremías aseguraba que por orden de Jehová se sentaba allí para dar los oráculos más terribles. Anunciaba un asedio de la ciudad durante el cual los jerosolimitanos se verían reducidos a comerse unos a otros. Un día que Jeremías había acentuado estos vaticinios, acompañados de la fractura de una vasija de barro, fue a los patios del templo, mostrándose violentísimo. Oyólo el sacerdote Pashur, jefe de los vigilantes del templo, le pegó y lo mandó meter en uno de los cepos que había a las puertas del templo. Sacáronlo al día siguiente, y Jeremías se marchó insultando a Pashur y fulminando predicciones siniestras.

A consecuencia de esto hizo Jeremías una especie de plegaria íntima, en la cual afirma que su misión le pesa mucho, que quisiera alejarse de ella, pero que Jehová no se lo permite. La lucha contra el peso de la misión divina no se ha expresado en ninguna época con mayor sinceridad.

Jehová le consolaba prometiéndole que obtendría el triunfo. Otras veces le prohíbe que se case y tenga hijos. Todos los que nacen en Judea están destinados a servir de estiércol para abonar el terreno. Judá, tan aficionado a la idolatría, será desterrado a un país en el que podrá servir a los dioses ajenos. En este tono seguía clamando el profeta.

Cada día la lucha era más ruda. El mundo oficial, apurada la paciencia, buscaba medios de deshacerse del censor implacable. Se formó un complot contra Jeremías. Creyóse un instante perdido por denuncias calumniosas, pero la intriga se frustró, y el alma rencorosa del inspirado no perdonó nunca. La espantosa plegaria en que suplica a Jehová que no olvide el crimen de sus enemigos y extermine a sus mujeres y a sus hijos, parece la de un inquisidor, que identifica su causa con la de su dios. El más abominable de los errores que Jeremías persigue en su ardiente palabra, es el de los sacrificios humanos. Pero en cambio, como veremos pronto, fue Jeremías, de manera más o menos directa, el promotor de un código que dictaba la pena de muerte por delitos de opinión religiosa. Jeremías suprimía a Moloch para hacerle resucitar. Muchísimo tiempo ha tenido que transcurrir para que el espíritu humano se dé cuenta al fin de la verdad sencilla de que las opiniones teóricas sinceras no pueden significar delincuencia, por ser involuntarias. Hubiera asombrado a Jeremías el que se le hubiese dicho que los pecados ajenos no le importaban. Nuestro principio liberal de que no debemos preocuparnos de lo que piensa el prójimo, habría parecido a fanáticos la impiedad más peligrosa.